

CAPÍTULO 1

MALOS TIEMPOS

I

Soy María, tengo treinta y cinco años y ésta es una parte del relato de mi vida. Desde muy niña fui una buena estudiante, aunque el precio que pagué por ello fuese asistir sin mucha vocación a uno de esos programas universitarios preparado para personas brillantes.

Tras unos años entre libros y de aprender unos cuantos idiomas, mi ascenso en el mundo de la empresa privada fue meteórico. Un par de años como técnico, luego jefe de departamento y me convertí en una de esas chicas con alta responsabilidad en un mundo aún de hombres.

Un Máster en Dirección de Recursos Humanos en una de las mejores escuelas de negocios del mundo, me unió al que sería mi jefe durante varios años. Dejé mi puesto como Responsable de Selección en otra organización

para ayudarlo a crear una Dirección completa con el pacto tácito de que al concluir el proceso, trataríamos de buscar su ascenso a una Dirección General mientras yo pasaría a ser Directora de Recursos Humanos.

Todo estaba perfectamente calculado. Las horas en la oficina no dejaban mucho tiempo a la vida personal, pero nada me importaba porque el reto merecía la pena y disfrutaba. Pasamos de ser cuatro mil personas, a gestionar más de veinte mil en muy poco tiempo, y comencé a ser reconocida como alguien capaz, afable por las buenas, pero implacable a poco que algo se interpusiese en mi camino.

Los departamentos fueron adquiriendo forma. Formación, Relaciones Laborales, Desarrollo de Personas, Selección, todos con personas conocidas, de mi confianza. Constituían una especie de co-rraza, una garantía de futuro lo suficientemente bien construida como para encofrar mi ascenso, cada vez más próximo. Recuerdo el relevo que dirigí en el Departamento de Administración de Personal, todo un signo premonitorio de lo que vendría después pero que no fui capaz de reconocer, o más bien que no quise reconocer; esas cosas sólo les ocurrían a los demás.

Valentín, hasta entonces responsable de hacer las nóminas de la plantilla, a juicio de mi jefe, sobraba. Ambos se habían incorporado juntos a la empresa; llegaron incluso a fraguar cierta amistad, hasta el punto de organizar cenas algunos fines de semana, o de asistir juntos a alguna que otra boda común. Pero lo cierto es que la relación se fue deteriorando poco a poco; ya no era sólo cuestión de si la nueva situación de crecimiento venía grande a uno u otro, que también. Se trataba de que los contendientes no tenían sitio, de modo que me puse a buscar entre mis contactos el sustituto más adecuado.

No tardé mucho en convencer a un viejo conocido, un antiguo Director de Administración de Personal con más de treinta años de experiencia en el puesto, para que ocupara el puesto de Valentín. Al principio se mostró algo reacio, pero unas cuantas mejoras a la oferta, (no muchas, la verdad), la ilusión por un proyecto atractivo, y un empujoncito de mi jefe, terminaron de arreglar el asunto.

Se acercaba el día de su incorporación y Valentín no se iba porque mi jefe no le había dicho nada, ni palabra. Aunque la relación ya era imposible, el despido debía llevarlo a cabo él; nadie en la organización entendería otra forma de hacerlo. La sorpresa para todos fue que mi jefe, incapaz de asumir la decisión tomada, ofreció una adjuntía a Valentín, algo que éste no dudó en rechazar de inmediato. En ese momento, cruzaron una última mirada que el superior eludió de inmediato, hacien-

do como que repasaba la cuantía de la indemnización que tenía ante sí. Una sonrisa por parte del despedido facilitó el trago; una última actitud que le honró en aquel momento, y que hoy recuerdo con renovada estima.

Cuando alguien salía de la organización todos hacíamos como que no pasaba nada. En verdad yo creía que no pasaba nada. El pez grande siempre se come al chico como parte del ciclo de la vida que nos hace a todos más grandes.

Crecimos, crecimos mucho. La situación era tan distinta dos años después de mi incorporación, que el Comité de Dirección no tuvo más remedio que diseñar una nueva estructura para la compañía, un modelo organizativo dividido en varias áreas de negocio gestionadas por una matriz, “la matriz”. La mayor parte de los ejecutivos más veteranos no querían “abrir ese melón”, conscientes de que sería el inicio de la aparición de *dimes y diretes* entre unos y otros por ocupar alguno de los mejores puestos a los que tocaba poner nombre, pero la expansión lo hizo inevitable.

Aún no te he contado que el que fue mi jefe se llama Luis. Un joven hecho a sí mismo que nunca ha estado en otra empresa distinta de la que nos unió por un tiempo, una carencia que sabe suplir con un humor socarrón que los demás ríen, sobre todo por ser quien es. Un tipo inteligente, mucho más que yo, desde luego, que tiene muy claro lo que quiere. De momento lo ha conseguido.

Nunca estuvo tan nervioso Luis como en la época en la que él y otros cuantos trataban de tomar posiciones para el ascenso en la nueva estructura. Quería ser Director General, pero no todos en el Comité de Dirección lo tenían claro y él lo sabía. Yo estaba muy tranquila; si Luis ascendía, la nueva Directora de Recursos Humanos estaba “cantada”, y si no lo hacía, yo seguiría desempeñando un puesto que me gustaba y por el que estaba bien considerada.

No me moví; no lo creí necesario, y tampoco lo hice a partir del día en el que Luis fue nombrado Director General Corporativo, jefatura de gran importancia que abarcaba casi todas las áreas corporativas: Recursos Humanos, Servicios Generales, Calidad y Prevención de Riesgos Laborales. Cada mañana llegaba a la oficina pensando que quizás ese día sería llamada a su despacho para comunicarme la buena noticia; el pacto estaba cumplido, la Dirección de Recursos Humanos funcionaba sola, los responsables de departamento eran antiguos compañeros míos. Incluso había pensado en la persona que me sustituiría, una mujer capaz y de buen fondo; así mantendríamos el obligado equilibrio que ponderaba el sexo por encima de otras cuestiones.

Llegó el día. Poco a poco iban pasando los Directores de Departamento y salían con una nueva función que desempeñar, o informados de que mantendrían la misma. Pensé que sería la última, aunque me extrañaba no participar en las decisiones sobre las personas que ocuparían los puestos de mi nueva Dirección. Pero como Luis tenía palabra, esperé con cierto sudor en las manos, hasta que la secretaria me hizo pasar al despacho.

–María; como sabes, estoy reorganizando las funciones de todas las personas de mi dirección y tengo un lugar ideal para ti, un puesto con recorrido en el que seguir aprendiendo. A partir de ahora serás la nueva Directora del Departamento de Gestión de Directivos.

–¿Entonces sigues siendo tú el Director de Recursos Humanos? –dije, aún confiada.

–La nueva Directora de Recursos Humanos es Abigail. Se trata de una mujer con antigüedad en la casa, conoce mejor que tú los entresijos de los distintos negocios, y creo que lo puede hacer bien. Tendrás una buena jefa, ya lo verás. Además, necesito a alguien de confianza para cuidar de los directivos y que me cuente eso que sólo tú y yo debemos saber.

–Eso no es lo acordado, Luis. Yo vine aquí para ayudarte a crear esta Dirección y ocupar tu puesto cuando lo dejases, si lo dejabas, claro. No entiendo...

Luis, fuera de sí, dio un manotazo en la mesa, y asunto zanjado. Me levanté y salí. Luis no había cumplido su palabra; no lo podía creer, comenzaban malos tiempos. Abigail y yo, a pesar de trabajar en áreas distintas, no nos llevábamos bien. Todos pensábamos que ella era un cero a la izquierda y muy pelota, pero la realidad era de otra forma a la que yo había imaginado y tardé demasiado tiempo en darme cuenta.

Mis antiguos compañeros de departamento aseguraban no dar crédito. Las personas que yo había traído de otras empresas eran mucho más valiosas que su nueva jefa. Me sentí mal; creía haberlas engañado. Poco a poco todas ellas irían saliendo, y el castillo construido de hormigón armado se convertiría pronto en otro de arena a merced del viento. Tenía que haber una razón que explicara ese desastre. Una vez las aguas volvieran a su cauce, me haría por fin con la anhelada dirección de Recursos Humanos. Además, el puesto de Gestión de Directivos no estaba nada mal; miles de personas querrían una oportunidad así a mi edad. No debía quejarme tanto, el tiempo pasaría pronto.

Efectivamente, con el tiempo todo se sabe, aunque hay quien se empeña en ponerse una venda para no ver la realidad. En aquella ocasión, una de esas personas fui yo misma. Resulta que Abi-

gail se había dejado querer por uno de los tipos peor considerados del Comité de Dirección, una de esas personas portadoras de una inocultable lascivia. Un encuentro fuera de la oficina por otras causas resultó ser suficiente motivo para que el súper jefe accediese a nombrar a Luis Director General a cambio de imponer a su Directora de Recursos Humanos. Los movimientos de Abigail se mostraron sin duda más eficaces que la palabra de mi jefe, y yo sin percatarme de nada.

Los tres años transcurridos desde entonces hasta el día en que comienza esta historia fueron un calvario. Las buenas palabras de Abigail, a la que nunca reconocí como lo que era, dicho sea de paso, contenían todo el cinismo necesario para ir progresivamente reduciendo mis funciones. Es cierto que mi habilidad para relacionarme con los directivos hizo que poco a poco llegase a tener mucha información de lo que ocurría “arriba”, pero eso, lejos de ayudarme, ponía a Abigail más y más nerviosa. Luis tenía un papel difícil, pero se lo había ganado a pulso y, aún confiada en que no se atrevería a hacerme daño, yo le contaba la situación que se iba creando para que tomase partido. Se podía cortar el aire. Durante algo más de tres años, el ambiente era cada día más irrespirable.

Los cambios en la estructura no habían salido del todo bien y la situación económica del país no era ni mucho menos la de antaño. Una crisis sin precedentes invirtió el crecimiento de la plantilla y la empresa modelo comenzó a dejar de serlo. Durante ese tiempo, me convertí en una especie de *Robin Hood* de sexo femenino, alguien que discutía las injusticias que el grado de información que yo tenía me permitía conocer. Los despidos no tardaron en llegar mientras miembros del Comité de Dirección continuaban percibiendo unos salarios ciertamente astronómicos. Se negaba a buenos directivos poner en los coches de empresa sistemas de telefonía manos libres, mientras otros disponían de varios vehículos completamente equipados, aunque sólo los usasen para desplazarse de casa a la oficina.

Desde luego, esa no era la empresa a la que yo me había incorporado unos años antes, aunque también cabía la posibilidad de que sí lo fuera y que mi nueva situación me hubiese abierto los ojos, antes cegados por la velocidad imparable de mi ascenso, parado en seco a la postre. Me encontraba en un callejón sin salida. Por un lado no quería abandonar el barco en esa situación general de crisis, pero por otro, mi puesto de trabajo se vaciaba de contenido cada semana. Abigail me quitaba funciones paulatinamente mientras Luis me reprochaba que no realizase mi misión. Aunque no entendía nada, el afán de lucha que me acompañó desde niña no había desaparecido y seguía creyendo en mis posibilidades.

Cuando una botella contiene sidra, lo único que puede salir de su interior es sidra, del mismo modo que la situación creada entre Abigail y yo tenía que estallar algún día, por mucho que yo no quisiera aceptarlo.

A lo largo de uno de los últimos días del año, me reuní con ella para analizar mi desempeño durante los meses anteriores y plantear la correspondiente subida retributiva en función del resultado obtenido. El sistema, implantado por mí tres años antes, era bueno, pero no tenía en cuenta la mala fe del evaluador. No sólo no recibí la retribución variable del año a punto de concluir, sino que tuve que firmar un documento por el que renunciaba a la subida del salario fijo para el siguiente, y además perdía la categoría profesional. Ya no era Directora de Departamento, sino Técnico del Área de Organización y Sistemas.

Completamente enfurecida, me encaminé de inmediato al despacho de Luis que, curiosamente, acababa de marcharse de vacaciones. Lo que aún no sabía, es que a la vuelta de ambos, mi despacho se habría convertido en un grupo de cuatro mesas sin tabique, una de las cuales sostendría mi ordenador y el contenido de mis cajones completamente desordenado. En ese momento me acordé del Director de Administración de Personal al que mi antiguo jefe no se atrevió a despedir, y me vi reflejada por completo en su rostro.

–Luis –dije–, ten valor para echarme, pero no me hagas sufrir más, por favor. Me han quitado parte del sueldo, la categoría, y el despacho. Hace dos años que vengo informándote de que el contenido de mi puesto desaparece a cada momento, y siempre me has dicho que no me preocupe. No me atrevo a marcharme porque no tengo dinero para pagar la hipoteca de mi casa y la situación laboral no está para tirar cohetes. Pero te pido que me eches; por favor, Luis, despídeme, no puedo seguir así.

Mientras describía cada humillación recibida con todo detalle, unas enormes lágrimas brotaron de mis ojos, a la vez que una rabia y un dolor incontenibles removían mis entrañas. Luis me dijo que no iba a despedirme, que la situación cambiaría y que debía ser capaz de aguantar. En ese mismo instante hubiese sido capaz de matar, pero a cambio mi mente volvió a dibujar el rostro de Valentín y la situación creada durante el proceso de su propia salida.

–Quiero irme de aquí de una vez, no me desprecies más, Luis. Échame y líbrate de mí, quédate en paz y déjame tranquila, –dije elevando la voz y dando en la mesa un manotazo similar al empleado por él para no dar explicaciones cuando faltó a su compromiso–. Ya no es momento de recor-

darte nada de lo que siempre me dijiste, Luis. Lo que me cuentas ahora ya lo he oído demasiadas veces, sólo quiero irme de aquí para siempre.

Luis descolgó por fin el teléfono para pedir mi cuenta, y a los pocos minutos entró en el despacho con cara desencajada el administrador de personal que yo había contratado y que hacía tantos años que me conocía. Más tarde me confesó que se sintió hasta cierto punto aliviado de que lo que todos presentían se fuese a hacer realidad a cambio de dejar de pelear por la victoria en una batalla de antemano perdida. Pero aún faltaban un par de detalles por vivir.

El primero de ellos tuvo de nuevo como protagonista el rostro de Luis. Sentados a su mesa, traté de mantener fija mi mirada en él, desafiante, como tratando de desnudar la suya para averiguar si era cierto que ya no le quedaba vergüenza, o si podría irme al menos con un ápice de esperanza en la capacidad de compasión del ser humano. Bajó Luis la suya, como había hecho con Valentín. Tenía que firmar mi despido, pero antes dudó de nuevo. Sabía que, por mi posición, yo conocía, entre otras muchas cuestiones, decenas de indemnizaciones mucho más elevadas de lo legalmente establecido y de lo moralmente admisible.

Me miró al fin para volver de inmediato la vista al papel que le servía de cobijo. Por un instante movió el bolígrafo a la casilla que contenía el monto de mi indemnización. Creí que cambiaría la cantidad, y esperaba que así lo hiciera para rechazar la oferta con la poca dignidad que me quedaba, pero finalmente viró la muñeca hacia abajo y la punta de la pluma cayó sobre el lugar adecuado para zanjar nuestra relación con una última rúbrica. Ambos quedamos libres.

II

Seguramente ya todos sabían lo que estaba ocurriendo en el despacho del jefe. Abigail, muy discreta para algunos asuntos personales, manejaba bien la información capaz de destrozar al contrario. Traté de vestir mi última salida del despacho de Luis del mayor decoro con un esfuerzo ímprobo por erigir mi menuda figura y sonreír en la medida de lo posible.

A medio camino del pasillo enmoquetado en gris claro y jalonado con sillas rojo corporativo, recogí en una pequeña caja las pocas cosas que quería llevarme, y llamé a un bedel amigo para que

hiciese un poco más leve la salida de la princesa destronada y las bajase al coche aparcado en el garaje.

No quería que nadie me viese llorar, tal vez en un intento postrero y vano por mantener el orgullo herido de muerte que moraba en mis vísceras. Sin embargo, antes de salir del despacho de Luis, cometí la última torpeza que me sería devuelta en forma de decepción póstuma. Le dije que si no tenía inconveniente, quería despedirme de un puñado de personas muy queridas a las que sería difícil volver a ver. Asintió mientras me daba dos besos, de Judas.

Cogí el ascensor y pulsé el botón que me llevaría a la décima planta, la denominada zona noble, en la que se encontraban algunos de los directivos a los que quería dar un abrazo, algo menos frío que un correo electrónico bien pensado para el que necesitaba tomarme aún cierto tiempo. Sin embargo, en el último segundo consideré más oportuno dirigirme primero a mis colaboradores, verdaderos artífices del progreso realizado y en absoluto culpables de mis devaneos con el error. Uno a uno recorrí sus mesas deteniéndome lo imprescindible en cada una de ellas, a fin de evitar la emoción por el recuerdo agolpado de tantos días juntos y segura de que algún abrazo resultaría ciertamente sentido.

La despedida de mi gente no llevó más de diez minutos en los que sólo pude pronunciar a duras penas la palabra “gracias”, de modo que me dispuse a tomar de nuevo el ascensor aparcado por unos instantes. Aún aguardaba, a la vuelta de la esquina, una última decepción. Llamó mi atención la responsable de Servicios Generales, otra “joyita” con virtudes varias que todos conocíamos. Me trasladó un mensaje de Luis, quien sugería que no subiera a despedirme de nadie. Lo estaba pasando muy mal, no merecía la pena.

Cogí el ascensor, pulsé el botón del sótano; había sido suficiente. Los segundos de descenso sirvieron para sentir vergüenza por haber sido como ellos, uno de estos personajes mediocres al servicio de la ambición a cambio de una carrera que nunca vería convertida en realidad. Las entrañas me ardían inmisericordes, el latido del corazón me aturdí en ambas sienes, creía que se reventaría mi cabeza. Allí estaba mi amigo bedel con una pequeña caja de cartón, esperando mi llegada y ofreciéndome un abrazo que representó el que hubiera deseado dar a las veinte mil personas a las que tanto debía, a esas a las que herí de forma insensible, a esas otras por las que siempre me desviví aún sin conocerlas, acaso en balde.

–Bueno Pedro; esto se acaba. Gracias por todo lo que me has ayudado, a mí y a todos los míos.

–Es mi trabajo, pero ya sabes que con unos lo hago más a gusto que con otros; nos pasa a todos. Vete, aquí ya no tienes nada que hacer. Mira María, me falta poco para jubilarme, he visto mucho y te aseguro que esto no tiene futuro. Lo que te están haciendo tiene que ver con que nunca has sido nada pelota, y otros sí. A ti te han hecho la cama entre esa que tú ya sabes y la de Servicios Generales, mi jefa; le han ido contando muchos chismes a Don Luis; otro que algún día caerá, hazme caso.

–Aunque te parezca mentira, no quiero que a nadie le ocurra lo que yo he vivido; me arrepiento de todos aquellos que se han tenido que ir sin motivo mientras yo no moví un dedo cuando pude haberlo hecho.

–No es momento de recordar lo pasado. Vete tranquila, seguro que encuentras otra cosa rápido. Una chica lista, guapa y con estudios, nunca tendrá problemas. Utiliza lo que has aprendido aquí para bien, el odio no arregla nada. Si aparece, deja el rencor a un lado porque eso sólo trae enfermedades. Adiós, María.

Mientras subía la rampa del garaje que desemboca en el Paseo de Recoletos, las palabras de Pedro retumbaban en mi cabeza, algo así como un eco de sabios consejos pronunciados por quien menos hubiera pensado. Pedro había visto cómo su jefa había despedido a todo aquel que había osado llevarle la contraria, o simplemente a aquellos a los que no consideraba de su “cuerda”, pero él estaba a salvo de momento; eran muchos años de antigüedad, saldría muy caro el asunto, tenía la estima de todos los de más arriba. Con él no se atreverían.

No recuerdo lo que ocurrió en el trayecto a casa. Sólo sé que puse la radio, pero no escuché nada. La caja con mis cosas me acompañaba silenciosa en el asiento delantero derecho del coche de chica soltera y a la última. Decidí dejarla en el trastero; cuanto más lejos de todo aquello mejor. Subí a casa y me dejé caer en el sofá mientras un gran sollozo llenaba el espacio por completo. Jamás había perdido una batalla, pero esta vez el golpe era más de lo que podía soportar. No quería hablar con nadie. El teléfono móvil sonó un par de veces; eran llamadas amigas, pero no pude responder.

El responsable de relaciones laborales, entre cuyas funciones estaba la negociación con las personas que debían salir de la empresa, tenía instrucciones de “ejecutar” los procesos los viernes

después de medio día. El argumento oficial era que así todo era más sencillo; las personas recogían, se marchaban, no andaban despidiéndose ni enredando.

En mi caso todo fue distinto. El “cirujano”, (merecido sobrenombre) era un antiguo compañero de universidad, que además trabajó conmigo en un proyecto anterior. Él fue uno de esos a los que consideré buenos para la nueva organización, un gran profesional y una buena persona. La negociación no se produjo en su despacho por mi especial relación con el Director General. Tampoco se produjo mi despido en viernes, sino el primer miércoles laborable después de las fiestas de Navidad.

Antes nunca me había planteado el asunto de los despidos de los viernes, eso iba con otros, pero ahora me daba cuenta de la soledad que sienten las personas a las que se les entregan unos papeles con instrucciones de qué hacer, nada más. El instante en el que llega la orden de abandonar el edificio y dejar la tarjeta de fichar, no es menos complicado que los días sucesivos. Tal vez aún lo sea más para personas como yo, alejadas siempre del dolor ajeno, por más que tuviera que ver con mi profesión.

Llamé un par de veces a mi amigo, y ya ex compañero, para aclarar alguna duda sobre el papeleo y conseguí quedarme con el mismo número de teléfono que tenía a cargo de la empresa, no sin antes pasar un trago más de la medicina que la vida me había recetado. Llamé a la oficina para que solicitasen el cambio de número a mi cuenta bancaria personal y a mi nombre. La persona que me atendió, (a la que por supuesto conocía), me dijo que no era posible porque tenía una factura pendiente muy elevada y que había oído que me la querían hacer pagar a mí.

Después de una ardua discusión, llamé a Luis y conseguí hablar con él tras varios intentos. Le dije que si tenía algún problema y me dijo, como siempre hacía, que él no sabía nada, pero que se enteraría. La cuestión se aclaró cuando expliqué que mi teléfono fijo estaba siempre desviado al móvil para estar disponible a cualquier hora, estuviese o no en la oficina. Yo no sabía que las llamadas desviadas se pagaban dos veces, cuestión que la responsable de Servicios Generales había ocultado a todos mientras aseguraba que yo utilizaba el teléfono para uso personal; otra de las lindezas de las que me enteré a toro pasado. Sea como fuere, conseguí por fin que liberase mi número, en un esforzado afán por seguir conectada con el mundo que me rodeaba y que parecía estar diciéndome que ya no le servía, que ese ya no era mi sitio, que no era más que un ser ajeno a todo y a todos.



A la mañana siguiente me desperté a la misma hora que de costumbre. Tardé aún unos segundos en reconocer mi nueva situación, de forma que saludé el día con un nuevo vuelco en el estómago, un nudo que tardó mucho tiempo en desaparecer. La ducha era el único refugio posible; me quedé largo rato bajo el chorro de agua que caía sobre mi pelo y resbalaba canalizado por las clavículas al resto del cuerpo. En esos primeros días encontré cierto sosiego escuchando el agua a su paso por mis oídos, un sonido que me transportaba con los ojos cerrados a mundos lejanos, a lugares a los que quería huir, cada vez a uno.

Embutida en un abrigo que encontré al azar en el armario, sin desayunar, me dirigí a la Oficina de Empleo que me correspondía a fin de arreglar los papeles del desempleo. Tendría derecho a percibir un subsidio mensual durante dos años si el funcionario correspondiente reconocía que mi despido había sido improcedente como ponía en la carta que me habían entregado. Estaba tranquila, mi compañero de Administración de Personal era un maestro haciendo ese tipo de documentación y me había dicho que ante cualquier duda, se escaparía y acudiría en mi ayuda. Seguía siendo una privilegiada entre tanto desconsuelo.

Al llegar a la calle indicada, encontré un reguero de personas que rodeaba la manzana. Pregunté cómo debía hacer; mientras sentía ser observada como si fuera de otro mundo. La cuestión era que esa cola se empezaba a formar cada día a eso de las seis de la mañana y servía para coger un número lo suficientemente bajo como para llegar a ser atendida antes de las dos de la tarde.

Cabizbaja, volví sobre mis pasos, consciente de que la vida era definitivamente distinta, segura ya de que el pedestal sobre el que había construido mi existencia había sido derribado. No era capaz de reconocerse, no sabía cuál era la auténtica, tampoco qué hacer, ni dónde ir, de modo que decidí meterme en la cama hasta el día siguiente. Decenas de personas me enviaban sus condolencias a través de mensajes telefónicos, aunque intuía que lo más duro, como en los sepelios, vendría cuando todas esas voces, ocupadas de nuevo en sus asuntos, se transformasen de nuevo en un silencio que me abrumaba por primera vez en mi vida.

El día siguiente ya era viernes, otro de esos días en los que algunas personas recibirían la carta que les convertiría en desempleados. Aún de noche, regresé a la misma hilera humana que el día

anterior, aterida de frío y muerta de miedo a cada esquina que doblaba. Los bares aparecían abiertos a mi paso; los churros y porras esperaban sobre las barras a ser engullidos, aunque a mí me producían náuseas. Multitud de tazas de café compartían espacio con las copas de licor, brandy, anís, y algún que otro *sol y sombra*.

Por fin alcancé la Oficina del Instituto Nacional de Empleo. Hoy sí sería atendida; tan sólo tres personas se escondían bajo sus capuchas delante de mí mientras esperaban el momento de la apertura de la puerta automática que descansaba ante nosotros. Di los buenos días, y las cabezas de mis compañeros de destino se movieron ligeramente de arriba abajo acompañadas de un ligero sonido gutural, todo el ademán del que eran capaces tan temprano.

A los pocos minutos ya no era la última de la fila. Nerviosa, comencé a dar saltitos para tratar de sentir algún signo de vida en los pies. Comenzaba a clarear entre los altos edificios de viviendas que nos rodeaban; las personas se desayunaban compartiendo sus experiencias laborales con los demás. Unos habían sido echados sin avisar, otros ya se lo olían, alguna decía que su empresa había cerrado y que con el marido también en paro, o le daban algo, o tendría que pedir. Los más jóvenes, bajo techo paterno aún, se tomaban las cosas con más tranquilidad, pero describían con más inquina los defectos de los jefes, esos explotadores que ni siquiera les habían preguntado nunca por su familia, por sus problemas. Se sentían un simple número en busca de otro número en la fila del desempleo.

No me atreví a hablar en las casi tres horas que permanecí en pie. Por un lado estaba segura de que alguno de los que parloteaban eran verdaderos expertos en el arte de no dar palo al agua, pero otras historias ponían los pelos de punta. Al oírlas me encogía más y más hasta esconderme casi por completo bajo mi abrigo, temerosa de que si me descubrían querrían lincharme. Sí, yo era de los otros, pero ahora estaba con ellos, tratando de recordar las veces que obvié estas situaciones, intentando hallar en mi memoria el rostro lejano de las lágrimas que provoqué con mis actos sin criterio, como muestra de pleitesía sin fin a la organización que lo engullía todo.

Por fin llegó mi turno. Una señora muy bien parecida, de unos cincuenta años, me recibió con una sonrisa. Sentí un alivio indescriptible mientras desplegaba sobre la mesa con mano temblorosa todos los documentos necesarios debidamente ordenados. Creo que pensaba que yo no era como los demás, o eso quería que creyera, en uno de esos vanos intentos por sentirme superior al resto, más formada, más educada, más culta...

–No sé si faltará alguno, estoy un poco nerviosa.

–Tranquila, estoy aquí para ayudarte. Si están todos, perfecto, y si no, vuelves a por alguno y sin hacer fila de nuevo, te acercas y me lo entregas.

–¿Se da cuenta de lo que usted supone para cada persona que se sienta ante su mesa? Parece encantadora; esa sonrisa representa un verdadero alivio para nosotros, no sé cómo podría agradecersele.

–Mira María, con el tiempo, y a riesgo de equivocarnos, hemos aprendido a distinguir a los profesionales del subsidio de aquellos que lo pasan mal. Creo que tú eres una de estas últimas, pero no por las mismas razones que la mayoría. En la mayor parte de las ocasiones, las personas sufren ante nuestras mesas por razones económicas; vemos verdaderos dramas. Lo tuyo es distinto. Estás dolida, desubicada, nunca imaginaste estar en esta situación y eso te hace sufrir. ¿Acierto? Bueno, tus papeles están en orden. ¿Vas a crear una empresa, un proyecto como autónoma? Lo digo únicamente porque si es así, parte de la cantidad que te corresponde puede ser conmutada por los gastos de inicio de la nueva actividad si me traes las facturas que lo justifiquen.

No supe qué responder; la pregunta tenía su miga. Me despedí balbuciendo un signo de agradecimiento para evitar de nuevo la visita de las lágrimas que se agolpaban ya en los ojos. No me había planteado qué hacer con mi vida. Debía dar un paso de nuevo, correr al frente, pero en verdad lo que más deseaba era huir, dejarme ir y nunca más obedecer una orden, vivir sin la presión que en ese preciso instante residía en mi pecho e impedía la entrada de aire. En el exterior, la hilera de personas que esperaban número daba la vuelta a la esquina del edificio. Una bocanada de aire helado y un escalofrío infinito me hicieron regresar a la cruda realidad.

De vuelta a casa compré una barra de pan en la tienda del barrio. Esa actividad, tan normal para muchas personas, me daba vergüenza, deseaba evitar un encuentro inesperado que levantase sospechas sobre la nueva situación de “doña perfecta”. Además, otras tres barras de días anteriores yacían secas y sin tocar sobre la mesa de la cocina. Mi madre compraba el pan a diario y yo debía hacerlo como ella. Tal vez buscaba en el pasado algún punto desde el que comenzar de nuevo.

Pasé toda la tarde arrebujaada en el sofá del salón. Las horas transcurrían despacio, por mi mente pasaban una y otra vez las distintas escenas vividas en los últimos tiempos. Trataba de encontrar una razón, un motivo a modo de asidero en el que reposar mi conciencia, uno con que justificar

lo que me había ocurrido. De pronto recordé que esa noche me había comprometido a asistir a una fiesta desde hacía tiempo. Una amiga cumplía años y no podía faltar.

Habiendo ya oscurecido, comencé a prepararme sin mucho ímpetu para salir de casa. No sabía si llevaría mi coche o si usaría el transporte público, si me alisaría el pelo o si me lo dejaría rizado. Dudé sobre el atuendo con el que me vestiría, sobre los zapatos y el tipo de maquillaje. Incluso los pendientes, respecto a los que siempre había tenido claras mis preferencias, constituyeron un serio problema a resolver. La chica otrora segura de sí y de todo a su alrededor, se movía ahora en la incertidumbre de saber si el siguiente paso sería el primero antes de entrar en las arenas movedizas que terminarían de hundirla definitivamente en el fango.

Marqué de memoria el teléfono de la compañía de taxis que muchas mañanas mandaba un vehículo a recogerme camino del aeropuerto o de la estación de tren. Esta vez el viaje no era de trabajo, pero el esfuerzo que me suponía bajar hasta la calle era mayor. La noche era fría; un viento gélido lanzaba finas gotitas de lluvia contra mi rostro y entonces me di cuenta de que había olvidado el paraguas. Después de todo, antes siempre solía perderlos.

Normalmente no hablaba mucho con los taxistas. Me parecía que en general sus conversaciones no tenían mucha gracia; sólo trataban temas relativos al tráfico, la política, las multas, o lo mal que estaba todo. Hoy, en cambio, tenía necesidad de contarle a alguien lo ocurrido; había oído decir que los conductores de taxis eran en muchos casos psicólogos de urgencia para mentes desordenadas. Un señor de más de sesenta años esperaba en la acera mi llegada.

–Buenas noches. Usted dirá, señorita.

–Buenas noches. Vamos al número seis de la calle del Pez, por favor, –musité evitando de nuevo la tentación de pedirle que me llevase lejos, tan lejos como pudiese.

–Hace frío, ¿eh?, –aseveró en un intento de iniciar una conversación con la manida frase de turno—. Yo salgo ahora a trabajar, así que me espera una buena, cuando llueve se pone todo imposible.

–Al menos usted tiene trabajo, señor; yo he perdido el mío esta misma semana.

No quería escuchar una retahíla de quejas sobre su vida y la del mundo, así que comencé a contar mi historia como si hablase con una pared, como si necesitase soltar mi dolor de algún modo.

Creo que lloré un poco, pero mucho menos que los días anteriores. Tal vez se me habían secado ya las lágrimas; acaso no me quedaba ninguna.

–La entiendo perfectamente, señorita. Mi hijo estudió ingeniería industrial, acabó hace tres años y aún no ha encontrado nada de lo suyo, así que coge el taxi de día; yo lo hago de noche. Imagínese la de carreras que he hecho durante más de cuarenta años de profesión para pagar los estudios de mis hijos con la ilusión de que fuesen más que yo, y ya lo ve, taxista como su padre, frustrado como sus amigos.

Hacía tiempo que alguien así de pesimista no tenía un efecto paliativo de tal magnitud sobre mí. Ya no era yo la única a la que le pasaban estas cosas. Entre las personas de la cola del desempleo también había ingenieros pasándolo mal. Mi actitud me parecía egoísta y despiadada, pero era la única que me aliviaba y no estaba en condiciones de dejar de aprovechar cada ocasión para respirar un poco mejor.

IV

Conocí a mi amiga Carmen en el Colegio Mayor. Estudiaba Arte Dramático y yo Administración y Dirección de Empresas. Aun sin parecernos en nada, éramos uña y carne desde entonces. Su habitación estaba junto a la mía, y durante cinco años compartimos casi todo, incluso una vez un ligue, sobre el que al cabo de tres meses llegamos a la misma conclusión; se trataba de un perfil de esos que podríamos definir como no recomendable.

Al dejar la Universidad, Carmen y yo seguimos en contacto, pero nuestros caminos se fueron separando hasta converger ahora tan sólo de cuando en cuando, en nuestros cumpleaños o en los de alguna amiga común. Ella vivía con su chico desde hace más de diez años y yo nunca había conseguido afianzar una relación. En el fondo, creo que el hecho de no vivir con nadie formaba parte del halo de chica moderna, independiente y ejecutiva que había tratado de construir en torno a mí. Una “single” en toda regla, o tal vez parte del proceso frío y calculador que, durante años, me había llevado a considerar que no sería el momento para el amor hasta no haber instalado mi carrera profesional en la cumbre de la cima más alta imaginable.

La casa de Carmen estaba situada en pleno centro de Madrid, una zona que siempre me pareció incomodísima. Yo prefería una comunidad moderna, con gimnasio y piscina al menos, un lugar en el que poder aparcar al llegar de hacer la compra, aunque siempre la encargase por Internet.

Quise ser puntual a fin de preparar con tiempo el papel de triunfadora al que me debería conducir cada conversación. Debía elegir bien cada invitado con el que hablar, analizar cada chica que me parecía interesante, y cuál sería rápidamente excluida de mi nivel.

El vetusto ascensor sin paredes de doble cierre a mano ascendió con la debida calma, mostrando cada descansillo débilmente iluminado hasta llegar al quinto piso y detenerse con un brusco movimiento en ademán de aviso del fin del trayecto para los más distraídos. No tuve que llamar a la puerta entreabierta. La empujé suavemente mientras asomaba la cabeza inclinando el cuello y dejando el cuerpo inmóvil hasta ver el rostro de mi amiga Carmen y decidirme por fin a pasar.

No quería amargarle el cumpleaños, así que me encaminé como pude a la sala destinada a dejar los abrigos y le pedí disculpas por no haberle comprado ningún regalo; lo había olvidado, la verdad. Nos dijimos lo típico y así, como la que no quiere la cosa, solté que había dejado la empresa, así pensaría que había cambiado de sitio y no tendría que dar más explicaciones. Le contaría todo por teléfono cuando fuese capaz de hacerlo.

El salón, poco amueblado de por sí, había sido vaciado para la ocasión. Lo atravesé hasta llegar a la cocina, repleta de bolsas de supermercado en completo desorden, como siempre. En el fondo, me seguía sintiendo doña perfecta y criticaba a los demás por dentro, su forma de ser, su manera de pensar. Incluso lo hacía con mi mejor amiga; estaba empezando a odiarme a mí misma.

Muchas de las amigas de Carmen eran más o menos conocidas. Ya eran muchos años de “saraos” en común, si bien mi estado de ánimo no tenía nada que ver con los anteriores. Sin embargo, creí haber encontrado la fórmula perfecta para desenvolverme con dignidad durante la noche. A la típica pregunta de *qué tal te va*, respondería que acababa de dejar mi trabajo, y que estaba pensando a qué dedicarme, cuestión que no dejaba de transmitir un cierto estado de autosuficiencia al que estaba más que acostumbrada.

A cada rato el salón se mostraba más lleno, la música había subido de volumen y, quien más quien menos, picaba de los platos de plástico situados sobre las mesas orilladas mientras sostenía

con la otra mano una bebida. Esta vez lo mío era un refresco, no quería que el alcohol estropeara una fachada tan frágil y postiza para la ocasión.

Entre los invitados que conocía se encontraba un matrimonio que había conseguido colocar a sus tres hijos sin olvidar en cualquier caso mirar el móvil cada pocos minutos por si había recado de casa. En otro aparte, una pareja, él opositor frustrado de por vida y ella profesora protestona por cada cinco minutos de más que debía trabajar. También vi a una amiga que colaboraba con una Organización No Gubernamental y que había dejado de creer en ellas. Por lo demás, multitud de “culturetas” en torno a un empleado del Ateneo que les contaba los últimos chascarrillos sobre los famosos que acudían a leer, a escribir, a charlar, o a dejarse ver sin más.

Una amiga común del colegio mayor que me anunciaba novedades parecía lo más interesante.

–Patricia, cada día estás más guapa. ¿Novedades? Cuenta, cuenta, me va a encantar ir pronto de boda.

–Pero María, qué poquito me conoces. No sé si es que juego al despiste o que estos chicos que nos quedan no terminan de convencerme. Entre los que se han pasado al otro bando y ese perfil compuesto por mierditas incapaces de enamorarse ni de decir lo que piensan, esos que te dejan un día porque afirman no sentirse preparados, la cuestión es que no me centro.

–Me suena lo que cuentas. A mí sin embargo me ocurre que no he visto el momento de complicarme la vida; veo a estos de por aquí y se me quitan las ganas.

Por un momento pensé en mi nueva situación para comprobar cómo regresaba de inmediato el nudo en el estómago. Estaba jugando a lo mismo de siempre, pero hoy la realidad se encontraba demasiado lejos del papel habitualmente desempeñado. Esa noche era todo mentira, quizá la misma mentira de siempre, pero abierta en canal.

–Bueno, Patricia, suelta ya las novedades. ¿Cómo te va?

–Me dejaste como responsable de la zona de Madrid de una empresa de selección, ¿no?. –Asentí–. Pues me echaron, era algo que se veía venir. Las ventas no salían, las empresas no contratan a nadie y de un día para otro me encontré en la calle.

Ahora el nudo del estómago se me había subido a la garganta; sentí un impulso casi irrefrenable de abrazar a Patricia. En efecto, no era la única damnificada, pero ella hablaba de su situación con una templanza envidiable. No encontré fuerzas para contarle la verdad, era todo demasiado reciente, las heridas supuraban aún.

–Lo pasarías, fatal, imagino. Así, sin comerlo ni beberlo...

–Mira María, soy de las que piensa que las cosas no suelen ocurrir tan de repente. Otra cuestión es que no queramos ver que vienen o que la venda de nuestros ojos sea tan tupida que nos demos un soberano testarazo, pero a mí no me pasó eso por casualidad.

Retrocedí instantáneamente en el tiempo hasta el día, ya lejano, en el que Luis no me nombró Directora de Recursos Humanos. Había sido una clara señal de retirada; lo de esta semana no era ninguna sorpresa, yo era de las de la venda y también de las del trompazo.

–¿Qué haces ahora, Patricia?

–Utilicé la indemnización que me correspondía para pasar algo más de un mes en Estados Unidos mejorando mi inglés y comprobando que los chicos de allá no son muy distintos de los de acá en *ningún aspecto*, –dijo con la sonrisa pícaro que siempre le acompañaba–. Tuve que hacer algo y, casi sin querer, acepté impartir unos cursos de formación. A continuación, me especialicé en neurolingüística y de ahí a convertirme en *coach*, una especie de entrenadora personal para directivos, no pasó mucho tiempo.

–¡Vaya cambio! ¡Cómo me alegro de haberte visto hoy! Esta semana, harta de todo, he dejado mi trabajo y la verdad es que no sé qué hacer. Estoy hecha un lío, pero me anima que tú parezcas tan feliz.

–Que mi empresa me echara es lo mejor que me ha podido pasar. Ahora soy libre, dispongo de mi tiempo, trabajo más o menos según lo que necesito. No se trata seguramente de algo para toda la vida, lo sé, pero de momento estoy fenomenal y eso es lo que me importa ahora.

Las palabras de Patricia resonaron muy dentro de mí. Se podía ser feliz después de todo. Aproveché que mi amiga fue a saludar a una nueva invitada, para ir a buscar a Carmen y despedirme, no me encontraba bien, no me acostumbraba a mi nueva situación. El paso de chica triunfadora a

deshecho humano se había producido de un modo excesivamente abrupto. No lo podría resistir por mucho más tiempo, así que, abrigo en mano, me deslicé hacia la puerta.

La tarima barnizada en color oscuro chirriaba bajo mis pies mientras atravesaba el rellano de la forma más sigilosa posible. Una vez en las escaleras, un impulso incomprensible me sacudió por dentro y comencé a correr bajando de dos en dos los escalones que retumbaban en mi cabeza con la fuerza de un tambor enorme. Mientras descendía, parte del sofocón latente que me quedaba me llenó de lágrimas los ojos hasta lograr impedirme la visión, de forma que tuve que parar en un descansillo dos pisos más abajo. Por si fuera poco, el viejo temporizador con forma de diapasón que mantenía la luz encendida cesó de sonar de golpe y todo quedó a oscuras.

Sentada en un escalón, pasé un buen rato sorbiendo el aire a borbotones con la cabeza entre los brazos a modo de cobijo de mi impotencia y los dedos abiertos en forma de araña, entrelazados con la melena castaña que me cubre. Cuando me hube tranquilizado un poco, percibí el sonido lejano de la música y el murmullo de la fiesta. Por extraño que parezca, mi mente se llenó de imágenes de la infancia, una escena que creía olvidada y que renació en mí como si la estuviese viviendo en aquel instante.

Cuando era una niña veraneaba con mis padres en un pequeño pueblo castellano en la provincia de Soria. Allí pasábamos tres meses con mis primos, junto a los que habitábamos una casona enorme que mis abuelos maternos construyeron después de casarse. Hacía muchos años que no volvía, pero recuerdo que las escaleras de tarima de la casa eran muy parecidas a las de la casa de Carmen. Una noche, tendría yo unos seis u ocho años, desperté sobresaltada por un ruido lejano similar al de la fiesta que acababa de abandonar. Me acerqué a hurtadillas a la cama de mis padres y comprobé que no estaban. Corrí descalza, comencé a bajar la escalera, pero no me atreví a llegar al piso de abajo, del que provenían las carcajadas y la música que me asustaban. Por primera vez en mi vida sentí miedo, un miedo atroz, el mismo terror e idéntica sensación de soledad que me embargaban en ese preciso instante.